

este fenómeno la peculiar psicología que pueda caracterizar al titular de ese poder supremo de decisión (y aquí la hermana del Jefe del Estado nos ha dado una información muy acabada) y tendremos que resignarnos a una pueril especulación. Y esto es lo que yo estoy haciendo. Empleando las formas condicionales, tan de moda en estos últimos días, podría decir que el rumor tal vez se confirme o sea un invento, ciertamente que nada inocuo en las actuales circunstancias.

Yo, políticamente, pienso que es urgente disponerse a responder al reto que nos lanza el «rumor reaccionario». Es enormemente imprudente que los españoles que quieren ganarse la libertad comiencen por resignarse a la libre circulación de los rumores reaccionarios. Cuando así se comporta el ciudadano, inconscientemente está colaborando con la reacción.

La actitud que se impone no es otra que la de someter a una crítica política todos los ingredientes del rumor. Se puede hacer invocando a la Historia, analizando cuidadosamente la problemática política que nos plantea nuestro presente español, observando el entorno internacional, y muy especialmente el del campo neocapitalista, y, por último, no olvidándonos de las biografías de los personajes en los que la reacción personifica su promoción.

Deberíamos seriamente interrogarnos si en 1975 es lógico y sensato hablar de un Gobierno azul. A estas alturas, ni los más nostálgicos piensan en una reactualización del falangismo. Si los azules tuvieron su ocasión (y la tuvieron con la guerra civil, pero la hubieran perdido en 1945) fue en buena parte por circunstancias internacionales y también, no hay que ignorarlo, por cuanto mucha gente pensó que el falangismo era la única alternativa al conservadurismo cerril de la derecha en armas. Los carlistas fueron importantísimo factor militar, pero insignificante dato político. En 1975 no hay azulismo auténtico. Lo único correcto es hablar de la pretensión de dar un viraje a la derecha, de imponer el criterio de los más conservadores. Y este es incluso el lenguaje empleado en un editorial de «Ya». ¿Es juicioso pensar en un desplazamiento a la derecha cuando aún estamos en plena derecha? Simplemente, por la vía de la crítica inmanente tenemos que llegar a la conclusión de que esta posibilidad es aberrante. Todos parece que han aceptado estas cosas: tránsito hacia una participación institucionalizada, mayor fluidez y dinamismo en el juego de las asociaciones (alguno habla incluso de dialéctica, olvidándose por completo de lo que significa esa tan llevada dialéctica), profundización y autenticidad democrática, preparación de las condiciones que hagan posible la implantación popular del Rey y qué diremos de los pasados escarceos sobre fórmulas de socialismo, de nacionalización del poder y del Estado...

¿Y qué deducimos de «nuestros

problemas»? Pensemos en la juventud, en la Universidad, en las tendencias culturales dominantes, en la crisis social y económica, en las mismas costumbres, en la religión y la Iglesia (que son no cosas intercambiables), en las tensiones regionales (que acusan más nuestra no lograda vertebración como comunidad política), nuestro aislamiento internacional, etcétera. No sería lícito, además, dar el paso que nos conduce a las desnaturalizadas cacumbas (los que primitivamente las habitaron eran unos iluminados revolucionarios para su época y en su contexto) poco después del «montaje escenográfico» que de la distensión hemos presentado en Helsinki. Para los políticos nórdicos y germanos sería algo así como un engaño premeditado y auténticamente doloso.

El entorno internacional no es favorable a la promoción de conservadores, burócratas e inmovilistas. El proceso político portugués fuerza a los comunitarios europeos, a los atlantistas, al mismísimo Kissinger a pronunciarse en encendidos tonos democráticos. Kissinger ha dicho en Alabama que USA casi se sintió embargada de alegría al conocer el 25 de abril. ¿Cuál sería la amargura de Kissinger si viera retornar a Caetano, a la PIDE, etcétera? Y para qué hablar de los demócratas y socialdemócratas europeos (nórdicos y no nórdicos) si éstos nos gritan a todas horas que hay que salvar la democracia en Lisboa y evitar sustituir una dictadura por otra. Hay que matizar diciendo, en contra de lo que afirma Soares, que Portugal no vive una dictadura como en tiempos de Salazar. ¿Hubiera podido decir y hacer Soares lo que está ahora haciendo en tiempos salazaristas? No es prudente en política la extralimitación verbal... Lo acordado en Helsinki, el carácter de la actual distensión (yo en ocasiones me atrevo a preguntarme si no es tal vez una «neoguerra fría») haría de una España que se desplazase más a la derecha, algo así como un foco de perturbación de la coexistencia y del orden público europeo.

Sería interesante aludir a las biografías de las personas que se señalan como presuntos sucesores de Arias. Me abstengo de hacerlo por dos motivos: razón de espacio y respeto a esas personas. No es correcto enseñarse con unos compatriotas que, de momento, no nos justifican con sus actos para hacer de ellos «aspirantes» al relevo del presidente Arias. Un relevo mirando a la izquierda sería comprensible, aun cuando no muy fácil por los cauces hasta ahora existentes. Lo otro es jugar a la ruleta rusa.

Y me queda para concluir una matización importante. Prescindiendo por completo del hecho del procesamiento de unos pocos militares, creo razonablemente que las Fuerzas Armadas españolas no están dispuestas a contemplar impasibles ese viraje a la derecha que de inmediato obligaría a cambiar la ficha política del Príncipe. ■ **MARIANO AGUILAR NAVARRO.**

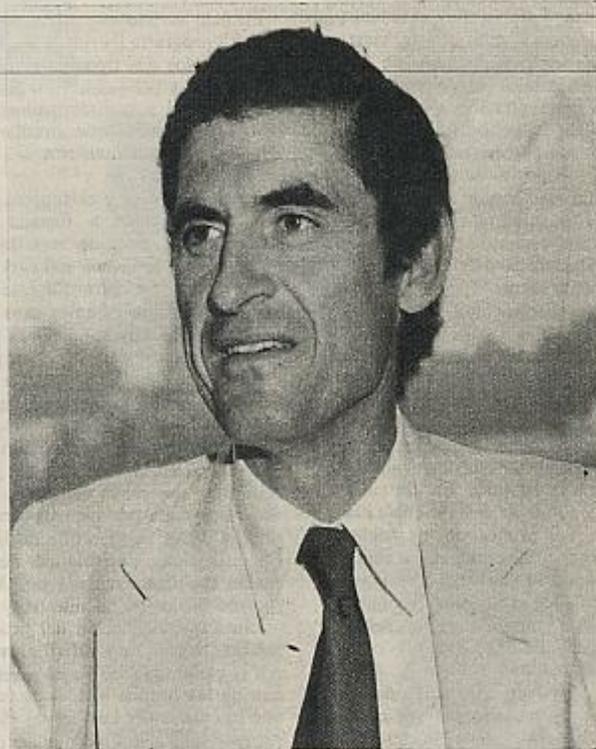
SEVILLA

## La Alvarez Quintero, tecnocracia de la «niña bonita»

Tras la dimisión en la alcaldía de don Juan Fernández, los sevillanos están que no ganan para sorpresas. Ahora se acaban de enterar por boca del nuevo alcalde que Sevilla es —literalmente— «la niña bonita del país», de la Administración Central, del Régimen. Cuando don Fernando de Parias y Merry llegó al sillón de terciopelo de la antigua Casa Grande de San Francisco, entre un rumor inquebrantable de dedos que no cesan, los sevillanos esperaban que a la ciudad iba a llegar la tecnocracia. Ya se sabe que a Andalucía todo llega tarde y mal, desde el desarrollismo a las asociaciones madrileñas. Puede decirse que por aquí no pasó la tecnocracia, que las familias opusdeistas estudiadas por Amando de Miguel nunca participaron del poder en la sociología hispalense del franquismo. Con Fernando de Parias el Opus llegó a la Alcaldía de Sevilla con diez años de retraso, cuando la tecnocracia era una añorante bajamar. Ingeniero, padre de familia numerosa, socio de un gabinete de

proyectos de obras civiles, todos creían que don Fernando de Parias iba a llevar a la Casa Grande —que es como en Sevilla se llama al Ayuntamiento— tecnocracia a punta de pala. Si la ha llevado, la tecnocracia ha sido por ahora meramente verbal. Porque no me negarán que lo de «niña bonita» no es una preciosa perla que sumar al museo de las cursilerías sevillanas, todo un hallazgo de la alvarezquinterotecnocracia que añadir a lo de «la tierra de María Santísima», «la novia agarena del Guadalquivir», «mora y cristiana» y otras sopla-terías por el estilo.

Los sevillanos no acaban de adivinar qué baremo del PNB o de la renta «per cápita» ha consultado el señor Parias para afirmarse en su hallazgo y negar hasta tres veces —por algo su abuelo, el primer gobernador del glorioso Alzamiento en la ciudad, se llamaba Pedro— una imagen de Sevilla indigente, atrasada, subdesarrollada, gimiendo ante los barandas de la Administración Central en sus triunfales periplos meridionales. Porque, ade-



Fernando de Parias y Merry, nuevo alcalde de Sevilla.

más, ha asegurado que «la Administración Central siempre nos ha mirado». Curiosamente, las declaraciones del alcalde no han aparecido en Sevilla, sino en Madrid, en la revista «Blanco y Negro». Desde que Queipo de Llano dijo «buenas noches, señores» por primera vez, lo normal era que los alcaldes hicieran extensas declaraciones a la prensa local tras su designación digital. Con el señor Parias la tradición se quebró en una ciudad tan tradicional como Sevilla; sólo el remozado y romeriano vespertino del Movimiento, «Sevilla», trajo las declaraciones de rúbrica. El relevo en la alcaldía tras la dimisión de don Juan Fernández se hizo en un hermetismo muy significativo: toda la ciudad preguntándose por qué se producía el cambio, mientras que en muy altas esferas la extrañeza era marginada a base de agradecimiento de servicios prestados y rutinarios relevos en el mando. Parece como si los primeros en despreciar la identidad del Sur y mostrarse servilmente hechizados por el centralismo fueran los protagonistas de la política sevillana en la democracia orgánica: todas las declaraciones más o menos relevantes de Fernández y de Parias en este asunto se produjeron en Madrid, a periódicos o revistas de Madrid, y parecían como si quisieran explicar dulcoradamente la cuestión a la gente de Madrid, que por lo visto es la única que se interesa por la política en este país.

La contestación a lo de la «niña bonita» en esta lotería de las auto-complacencias no se ha hecho esperar. No ha sido el liberal «ABC» sevillano (hasta ahora francamente remiso con la figura del nuevo alcalde) ni el progresista «Correo de Andalucía» quien ha levantado

la voz, sino el movimientista «Sevilla». Por boca de su director ha dicho: «De niña bonita nada, señor alcalde». Y ha recordado otros feos números de la lotería, los dos patitos, etcétera: que Sevilla lleva veinticinco años tratando de librarse del dogal urbanístico del ferrocarril; que igual tiempo hace que se clama por el canal a Bonanza, que según descubrió un día Eduardo Barrenechea ni es canal ni llegará nunca a Bonanza; que aún no se ha recuperado la ciudad de la inundación del Tamarguillo de 1961, la célebre de Boby Deglané, la «operación Clavel», el «chiquito pero matón» y el estigma sangrante de los refugios infrahumanos...

Incluso hace el «Sevilla» toda una teoría del catastrofismo de la postguerra española. Todas las ciudades con catástrofes (Santander con el incendio, Cádiz con la explosión, Valencia con las inundaciones, hasta el berlinés Ribadellago) supieron sacarle buenas ganancias a las lágrimas de cara a la Administración Central. A Sevilla, a raíz de aquella inundación de 1961, se la contentó con bien poco: con el nombramiento de don Pedro Gual Villalbí como oficioso «ministro de Sevilla». Un ministro, y arsa y olé, que es lo nuestro.

Sería ocioso, por repetido, citar de nuevo aquí las cifras y los datos del atraso de Sevilla en vivienda, en escuelas, en paro, en analfabetismo, en emigración, etcétera. Pero nada de eso sirve. A la hora de la verdad, si algo ha cambiado en Sevilla es que ha dejado de ser «la perla agarena del Guadalquivir» para convertirse en «la niña bonita de la Administración Central». ¡Y viva Madrid, que es la Corte, como cantaba don Antonio Chacón con voz de falsete y vestido de esmoquin! ■ ANTONIO BURGOS.

## ASTURIAS

### El Día de la Cultura

● «No pretendemos un festival pop, queríamos y queremos una verdadera fiesta cultural del pueblo asturiano». Eso me decía uno de los organizadores del Día de la Cultura, que en su cuarta celebración transcurrió caluroso y multitudinario en Los Maizales, el domingo 10 de agosto.

Gentes procedentes de distintos lugares de la región —con profusa abundancia de las zonas industriales— se dieron cita en Gijón, en esta especie de romería cultural a pesar de que la autorización para su celebración no la tuvieron sus organizadores, los activos miembros de la Sociedad Cultural Natahoyo, has-

ta dos días antes de su celebración, con lo que quedó bastante disminuida su difusión. Sin embargo, y desde primeras horas de la mañana, comenzó a llegar público al recinto —una frondosa carbayeda situada a las afueras de Gijón—, cuya entrada era libre y gratuita. Familias con su comida a cuestas, grupos de jóvenes, miembros de excursiones expresamente fletadas, comenzaron a esparcirse por los prados a la busca del lugar idóneo para comer y participar del espectáculo. Pero también había que darle a las piernas, abundaban unos improvisados tenderetes cargados de libros a precios muy asequibles —muchos de ellos de edi-

toriales periféricas— y cuyos temas más frecuentes eran ciencias sociales, literatura, historia y folklore. Vamos, toda una mini-Feria del Libro. Los carbayos estaban vestidos de numerosos «slogans», de esto y de aquello, de Asturias y de la cultura popular; en otros colgaban murales de pintura «terrorista», obra de artistas anónimos.

Estos días está tomando cuerpo en Asturias todo un movimiento reivindicativo, que bajo el lema de **puxa Asturias** intenta, entre otras cosas, la resurrección del bable como vehículo idiomático asturiano. Este movimiento, que ha renacido con gran fuerza, tiene unos fines más amplios, tales como el reencuentro y el reconocimiento del regionalismo asturiano a todos los niveles. Sin embargo, hay bastantes, y en casos, fundadas reticencias acerca de la pretensión de la enseñanza de la «llingua» en las escuelas; decía un catedrático ovetense: «Puestos a resucitar, ¿por qué no resucitamos el latín?». Pues bien, los bablistas que, agrupados en lo que se conoce como Conceyu Bable, siguen su labor indesmayable, también habían tomado el recinto y allí tenían su improvisado «stand», donde informaban a quien quería oír y vendían los contados libros que hay sobre la materia. De todas formas y al margen de las naturales polémicas creadas por lo que algunos llaman «la resurrección del muerto», está tomando fuerza en Asturias la concienciación como región con características y problemas específicos, y lo que se intenta necesita del esfuerzo coordinado de las distintas sociedades culturales actuando en un frente homogéneo. Lo que se hace ahora, a trancas y a barrancas, tiene su papel protagonista en este tipo de sociedades o movimientos que, encuadrados en diferentes estratos sociales, contribuyen con sus esfuerzos improbos y continuamente frenados —cuando no silenciados— a una evaluación cultural y social de la región. Un ejemplo es la sociedad organizadora y cuantas con ella colaboran para hacer posible estos **Día de la Cultura**, que ya no pueden ser considerados como un acto festivo más, sino como un acontecimiento que demuestra la preocupación que por la cultura, como medio liberador, se está tomando en este tiempo gris que empieza lentamente a desteñirse.

Todo esto era motivo de charlas en numerosos grupos, al refresco de los carbayos y de la sidra. Todo esto y más: la atonía e ineficacia de la Universidad en estos intentos, el cuento de nunca acabar de la infraestructura viaria, los graves problemas laborales y el consiguiente número de etcéteras propios de la situación del país. Y así, a media tarde, trabajadores, estudiantes, ar-

tistas, intelectuales, gentes de capas medias: pueblo, se preparaban para presenciar el espectáculo musical y teatral que cerraba la jornada. En la mañana se habían celebrado concursos de pintura y dibujo.

A las 6 de la tarde arrancó a cantar el «Tordín de Frieres», uno de los ídolos de la canción tradicional asturiana; le siguieron otros, orfeones y artistas regionales. A continuación, el grupo de teatro gijonés Gesto representó la obra original de Oswald Dragún, «Historias para ser contadas». Siguieron los cantantes invitados de otras regiones hermanas: los gallegos Benedicto y Bibiano, a los que el público jaleó constantemente. Fernando Unsain cantó en castellano y en euskera con una tremenda fuerza («Una vez había un pájaro que cantaba, le cortaron las alas, le cortaron las patas, le cortaron el pico. El pájaro siguió cantando»). Aquí estaba también Rosa León, tan expresiva, tan humana, tan prohibida... Y ya como fin de fiesta, Ana Belén y Víctor Manuel. Ana, cantando, es dulzura y es ciclón; la gente que va a ver la figura mitificada en las pantallas goza de una gran cantante. A Víctor hay que oírle cantar en Asturias para comprobar hasta qué punto hombre y tierra se funden, el enorme paso que ha dado en poco tiempo en orden a calidad y uniformidad de sus canciones en una línea cada vez más crítica y ajustada a los tiempos que vivimos. Al final, cantantes y público se hermanaron con una canción, cerrando así una jornada sana y reconfortante de la que Asturias puede sentirse orgullosa.

Y así, aquí, tuvo lugar una fiesta cuyo protagonista fue el pueblo que la vivió, que la exprimió hasta donde pudo —o le dejaron—; fue la unión por la participación —corta y excepcional— de unas 8.000 personas, miembros de una sociedad que como la asturiana está en la busca de la potenciación de unas raíces culturales sin manipulaciones ni deformaciones. Se superaron permisos gubernativos, altavoces que funcionaban cuando querían, tendidos eléctricos provisionales que se mantuvieron de misericordia y hasta pequeños incidentes que en algún momento hicieron temer a los organizadores por la propia fiesta.

Fuerzas de orden público vigilaban la zona. Al final, el atasco automovilístico. Y la gente, con los coches abocados en el camino de salida a la carretera general que mira hacia la Universidad Laboral —la que lleva el nombre de José Antonio Girón—, hacía sonar quejosa sus bocinas. Después de una fiesta de hermandad se volvía a ver la cara de la noche, que es la de ayer, la de anteayer, la de todos los días... ■ ALBERTO DEL RIO.